



SINCRONIZAR LOS CONJUROS ARGENTINOS

Por Alejandro Grimson ♦

♦ *Doctor en Antropología.
Profesor de la Carrera de Ciencias
de la Comunicación de la UBA.
Coordinador del Grupo de Trabajo de
Cultura y Poder de CLACSO.
Miembro del Programa de Investigaciones
Socioculturales en el Mercosur (IDES).*

Para poder discutir cómo se construye un proyecto nacional es necesario debatir qué significa "nación" y cuál es el diagnóstico acerca de "nuestra nación". No hay nación sin proyecto. Ninguna nación puede vivir de su pasado, ni material ni simbólicamente. Una nación sin proyecto pierde razón de ser y, por lo tanto, sólo puede permanecer unida por la coacción. La Argentina hace demasiado tiempo que carece de proyecto, incluyendo en "proyecto" aquellos que me gustan y aquellos que me disgustan. Los empates políticos se llevan mal con los proyectos y este país no consigue salir del empate. Aunque la dictadura y el menemismo constituyeron nuevas articulaciones, no desarrollaron un proyecto hegemónico en el largo plazo. En la dirección contraria no hubo reversiones de carácter estratégico. Por ahora, hay sólo embriones. Embriones que en gran medida se encuentran presos culturalmente de nuestra propia historia reciente.

Esa combinación de desinversión sistemática en hegemonía por parte de los sectores dominantes y de incapacidad de construcción hegemónica desde sectores subalternos plantea una dinámica en la que la ausencia de proyectos dejó el sentimiento de comunidad vin-

culado sólo a la vivencia de tragedias colectivas, a experiencias sociales traumáticas.

¿Qué es lo que tenemos en común los argentinos? Según la antigua versión esencialista, los argentinos compartimos el tango, el asado, el español y un pasado de héroes, entre otras cosas. No es difícil percibir que esta conceptualización se articula con la pretensión de configurar o ratificar una hegemonía y que en ella el pasado seleccionado viene a ratificar un orden contemporáneo. Según la versión constructivista, hegemónica hoy en las ciencias sociales, los argentinos nos imaginamos como comunidad porque el estado fue altamente eficiente, especialmente después de 1880 y hasta hace pocos años, en construir esa idea de comunidad a través de la escuela, el servicio militar, los medios de comunicación y otros dispositivos. La perspectiva constructivista es muy productiva para analizar cómo el esencialismo es, más que una descripción de una realidad objetiva, básicamente performativo.

Según una tercera versión, la que pretendo sustentar aquí, los argentinos compartimos experiencias históricas configurativas que han sedimentado. Experiencia que se traducen en que la diversidad y desigualdad se articulan en modos

de imaginación, cognición y acción que presentan elementos comunes.

Esta tercera versión, entonces, asume -al igual que la esencialista- que efectivamente los argentinos compartimos algo. Pero se diferencia al considerar que aquello que compartimos no es justamente lo que creemos, ni lo que dicen maestros y coroneles. No compartimos ni el tango ni el chamamé ni la chacarera: dentro del país hay una diversidad de músicas. No compartimos una lengua primera: dentro del país hay diferentes variedades del español y hay otras lenguas. Obviamente no compartimos una religión. Compartimos una experiencia histórica, algunos de cuyos principales hitos y momentos pueden ser reconstruidos y analizados.

Esta tercera versión experiencialista coincide con la segunda, la constructivista, en que "los argentinos" son un resultado del proceso histórico, contingente como tal. Pero se diferencia porque enfatiza la sedimentación y porque subraya que no se trata sólo de procesos simbólicos resultados de fuerzas simbólicas, sino de lo vivido históricamente en el "proceso social total".

Los argentinos compartimos la experiencia histórica de la lucha peronismo/antiperonismo, la experiencia de la imposibilidad de la convivencia política durante décadas, la experiencia de un genocidio, la experiencia de la inestabilidad institucional, la experiencia de la hiperinflación, la experiencia de la convertibilidad, la experiencia del "corralito", entre muchas otras cosas. Si pretendiéramos sintetizar, quizá podríamos afirmar que en la experiencia reciente los argentinos compartimos la hiperinflación (como disgregación económica de la sociedad) y el genocidio (como disgregación política de la sociedad). Es decir, el terrorismo de estado y el terrorismo económico. La paradoja es que justamente un conjunto de personas que compartimos básicamente experiencias disgregadoras tenemos en común haber vivido esos procesos y estar atravesados por ellos.

Fantasmas del pasado

¿Estamos atravesados del mismo modo? La desigualdad social y las diferencias culturales establecen bases y marcos para procesar de múltiples maneras procesos como estos. Al mismo tiempo, son procesos que -aunque de maneras disímiles- atravesaron al conjunto del cuerpo y tejido social.

Esas experiencias, desigualmente compartidas (entre clases, grupos étnicos, géneros, generaciones) son centrales en cómo concebimos aquí a la nación. En todas las naciones que conocemos hay diversidad y hay desigualdad. En ese sentido, podemos estar seguros de que las experiencias son vividas de modo desigual y diferente. Eso es evidente. Lo que es menos evidente es por qué, a pesar de eso, continúan siendo naciones. Proponemos aquí buscar la respuesta en la experiencia histórica.

Genocidio e hiperinflación son dos núcleos duros de nuestra memoria colectiva. Es decir, de nuestros sentimientos, nuestra imaginación y nuestras prácticas. Los fantasmas de no retornar a estas dos experiencias traumáticas nos marcaron y continúan marcando hasta la actualidad. Fue la experiencia hiperinflacionaria devenida fantasma la que generó las condiciones para que la mayoría de los argentinos apoyaran, a través de su voto o su pasividad, el sistema de convertibilidad, de paridad un peso y un dólar. La hiperinflación, además, impulsó concepciones cortoplacistas, donde el resultado inmediato era más relevante que una inversión a plazos que no cabían en la imaginación. En una situación recesiva desde 1998, pasaron más de tres años para que se abriera la pregunta acerca de si realmente el desempleo cercano al 20% y el achicamiento constante del país eran la única alternativa a aquel recuerdo angustiante de la hiperinflación. Sólo entonces algunos se animaron a cuestionar la convertibilidad y el pago puntual de la deuda externa no

exenta, por otra parte, de corrupción. Era demasiado tarde.

Se me dirá que mi argumento es peligroso porque puede desresponsabilizar al menemismo. No es así. No me pregunto acerca del grado de maldad de un gobierno que multiplicó la deuda, vació al estado, se lo robó y dejó a genocidas libres. No hay, en el análisis riguroso, modo alguno de reducir su culpabilidad. Me pregunto, en cambio, por qué fue reelecto y mantuvo consenso durante casi diez años, siendo sucedido -no lo olvidemos- por una oposición que perjuró mantener ese mismo modelo económico.

Paradoja: la imposibilidad de exorcizar los fantasmas hiperin-

flacionarios condujo a una nueva experiencia histórica aterradora. Por eso, hablar de memoria social, y de olvido, e investigarlos en la Argentina contemporánea, no puede ser únicamente el análisis del genocidio y sus efectos. También exige analizar la hiperinflación.

Los fantasmas, las memorias traumáticas, están allí. Es claro que los argentinos logramos en algunas circunstancias exorcizar, a través de la intervención pública, los miedos del genocidio. De hecho, el dictador Videla y otros militares tienen arrestos domiciliarios, algo excepcional en América Latina. Es muy probable que los asesinos de los piqueteros del puente Pueyrredón sean castigados. Y hay muchos ejemplos de que los conjuros en relación a los pánicos del genocidio están socialmente activos, aunque

no obtengan todo lo que buscan.

En contraste, hasta ahora no hemos logrado ningún conjuro equivalente para los pánicos de la hiperinflación. Al no lograr detener sus efectos sobre nosotros, la amenaza de devastación económica (aún puede ser peor que esto) ha generado parálisis, conservadurismo y profunda incapacidad económica. De hecho, mientras los conjuros contra los fantasmas del genocidio fueron periódicamente movilizantes, disparadores de la generación de espacio público y participación política, el único conjuro imaginario contra la hiper fue aferrarse a una estabilidad total y totalitaria.

Lo cierto es que la Argentina no puede comprenderse sin esos dos fantasmas, sus presencias y las capacidades diferenciales para actuar sobre ellos. Los argentinos no podremos reconstruir nuestro proyecto común, que eso es al fin y al cabo una nación, sin encontrar las sincronías entre ambos. Y seguramente deberemos incluir a un tercer núcleo duro que se está configurando en estos días y que trabajará como fantasma colectivo durante décadas. La experiencia devastadora del desempleo, el hambre y la recesión resultan inéditos para generaciones de argentinos. Y nuevamente nos configura como comunidad que desigualmente sufre sus consecuencias.

Al configurarnos surgen nuevos miedos que pueden desarrollar la capacidad de regular los límites de las prácticas, de las expectativas y de los deseos. A la vez, es en ese sufrimiento desigualmente compartido, en el verdadero espanto por la nueva cotidianidad, así como en la esperanza de un cambio colectivo, donde reaparecen los modos de reimaginar la nación.

No sólo, claro, sus símbolos. Sobre todo, para que sea suyo, su estado. El proyecto central, a mi modo de ver, es un estado de la nación y *no* contra la nación. Ese estado, por lo tanto, sólo puede surgir de la articulación contrahegemónica de los conjuros del genocidio, la hiper y el desempleo ◀

margen

www.margen.org

Portal de Trabajo Social y Ciencias Sociales

- Cursos a distancia (*por Internet*)
- Lo social y la Salud Mental
- Gestión de Políticas Sociales
- Violencia doméstica: el caso del maltrato Infantil
- La prevención inespecífica en el campo de la drogadicción. Una mirada desde nuevos escenarios.
- La Intervención desde el Psicodrama. Una aproximación a lo grupal y el lenguaje del cuerpo.

Director: Alfredo J. M. Carballeda
Consultas: correo@margen.org